

El Humanismo del Actual Pensamiento Filosófico Político Yugoslavo

Por René MARCHAND, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.—Colaboración Especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

HENRI Bergson advirtió con indudable acierto el grave peligro en que incurrimos al usar las palabras de modo puramente formal, es decir, haciendo caso omiso del contenido preciso que ellas amparan. Esta costumbre, por cierto lamentable, resulta del juego ininterrumpido de la ley del menor esfuerzo, cuyo proceso normal ha sido sin embargo considerablemente acelerado, más bien violento por la aparición y el desarrollo últimamente asombroso de una fuerza hoy poderosísima, la propaganda, que invade cada día más el campo de la información y hasta del saber, quiero decir del conocimiento objetivo y sereno. Es un hecho que nos apartamos siempre más de la realidad concreta, al dejarnos arrastrar en un sueño confuso por símbolos abstractos, al mismo tiempo que, exhaustos por la agitación febril de la vida, acogemos con benevolencia y a veces con gratitud, las fórmulas prefabricadas que se ofrecen para sustituir nuestro propio pensamiento. Es cierto que muy frecuentemente discusiones apasionadas, más aún, antagonismos violentos giran mucho más en torno a palabras que a realidades, llegando al fin hasta carecer de sentido real.

Eso lo puede averiguar diariamente cada uno de nosotros al comprobar el uso desconcertante y sumamente irresponsable que se hace, por ejemplo, de capitalismo, socialismo, comunismo, marxismo, fascismo,

* Conferencia del ciclo del Instituto Mexicano Yugoslavo de Relaciones Culturales, dictada por el señor Lic. René Marchand el 30 de octubre de 1961 en el salón de actos de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

democracia, cristianismo, etc., que vienen a oponer, de modo absolutamente arbitrario dentro de la peor confusión, discusiones estériles por desarrollarse en un plan esencialmente negativo, adquiriendo estas palabras que no son ni pueden ser sino signos convencionales representativos de conceptos definidos y precisos, una vida propia, forzosamente falsa e irreal hasta volverse en el mundo de la abstracción y aún de la ficción, según la expresión de Bergson, *fantasmas* creados y animados por nuestra imaginación. Además hay que añadir que tal estado de cosas inherente a nuestra naturaleza se agrava ahora continuamente por el carácter transitorio de nuestra época a consecuencia del cual la sociedad ha entrado en un período de transformaciones profundas que se desarrollan con un ritmo siempre más rápido, y esta circunstancia tiene que repercutir forzosamente en los conceptos que también se encuentran en un proceso de evolución, a tal grado que dejan a menudo de coincidir en su aspecto clásico con la realidad del momento, sin que nuevos conocimientos se hayan afianzado lo bastante como para permitir una readaptación urgentemente necesaria, ahondándose así todavía más incomprensiones inevitables y cada día más lamentables.

Por eso, trataré ante todo de delimitar, con la mayor precisión posible el concepto expresado por el término *humanismo*.

Este caracteriza una posición filosófica claramente definida que descansa en dos postulados fundamentales: *primero*: existe una naturaleza humana; *segundo*: lo espiritual predomina en la vida del hombre.

Es claro que esta vida nunca se detuvo en su evolución, cuyas diversas etapas tuvieron forzosamente que ser tomadas en cuenta por el humanismo; sin embargo, éste ha quedado siempre inmutable en su principio básico al afirmar la existencia de una naturaleza humana por encima de los accidentes de la existencia del hombre, sea individual, sea colectiva, y al considerar que la realidad de dicha existencia había estado de modo permanente relacionada con un tipo pre-existente, es decir, con un ideal de la especie. De no ser así, ¿cómo podríamos calificar como *inhumano* un acto cometido por un hombre colocado en un momento dado en una situación determinada? Así pues, el postulado primero afirma la trascendencia del hombre en relación con las contingencias de la historia. Por otra parte, el segundo constata que formado de un cuerpo y de un espíritu, el hombre participa además de su vida física, en una vida espiritual, lo que le lleva a reconocer una doble jerarquía de valores: los ligados con la vida animal que se desprenden del *instinto* y se expresan por el egoísmo, la ambición de poder y la dominación del fuerte a expensas del débil por medio de la violencia y de la opresión, y los ligados con la vida espiritual, que se desprenden

de una potencia superior de nuestro ser, no importa que la llamen el alma o la razón, y que nos orientan dentro de la libertad hacia el amor, la justicia, la verdad, la belleza. Pero al reconocer esta doble jerarquía de valores se afirma el predominio de los ligados con la vida espiritual, hasta determinar en cada hombre el grado de lo humano por el grado de lo espiritual, lo que significa que el hombre no se queda tal como lo ha formado la naturaleza, sino que se reconstruye por su propio esfuerzo en un afán de superación, de conformidad con el tipo ideal que le proporciona el grado de su cultura.

Por cierto, el humanismo nos ofrece aspectos múltiples según las varias etapas de la evolución del hombre y también según el punto de partida escogido: humanismo clásico de tradición greco-latina, erudito pero limitado y algo aristocrático; humanismo universal que aspira a abarcar a todos los hombres sin admitir frontera alguna, sea en el tiempo sea en el espacio; humanismo místico que abarca a todo lo religioso, o humanismo expresivo de una religión definida, por ejemplo al humanismo cristiano, que encuentra la explicación de la dignidad de la naturaleza humana en su semejanza con la naturaleza divina; humanismo laico, que se basa en el ser humano y considera la *razón* como guía infalible del desarrollo de dicho ser; sin embargo, siempre reconoce —y en eso radica su unidad— dos trascendencias: la del hombre y la de los valores espirituales.

Ahora bien, el problema claramente planteado ante nosotros es el siguiente:

¿Reconoce o no el actual pensamiento filosófico-político yugoslavo estas dos trascendencias?

No se puede contestar la pregunta sino por una afirmación terminante, pues es evidente que forman parte de su esencia y le confieren desde luego su lucidez realista por ser siempre comprensiva, su inquebrantable firmeza moral y su impresionante cohesión que rechaza vigorosamente la infiltración de la confusión generadora de la incertidumbre, de las vacilaciones y de las contradicciones.

Cuando en un inolvidable discurso en 1954 el Presidente Tito afirmó: “el socialismo es ante todo el humanismo”, advirtió claramente el peligro del doctrinarismo abstracto, recordando de una vez para siempre que el socialismo tiene que expresar el conjunto de la vida humana, sin poder permanecer jamás ajeno a alguno de sus aspectos, es decir, que no puede apartarse del hombre considerado como una realidad, para mí, permanente e indivisible, puesto que esta realidad abarca a la vez el pasado, el presente y el porvenir.

Volvió a subrayar esta posición ideológica de modo decisivo en un

discurso en 1956, pronunciado en Pula, al decir: “Nadie aquí tiene derecho a oponerse a la voluntad de este pueblo, sea que el país se construya al ritmo que permita el día de hoy. Al volverse tarea cotidiana el examen de los problemas de la planificación, cuando se dan cuenta que una nueva fábrica puesta al servicio podría alcanzar de inmediato un aumento apreciable de su producción con repercusión favorable en la elevación del nivel de vida y que por eso bastaría cargar la inversión otorgada con unos cuantos millones más, se inclinan a considerar solamente ese aspecto, el del hombre, el de nuestro trabajador, y por atender únicamente a la fábrica se olvida del hombre.”

De allí se desprenden, formulados con absoluta claridad, dos conceptos que rigen estrictamente la política constructiva yugoeslava: *primero*: los sacrificios, por más justificados que sean, jamás pueden ser impuestos al pueblo desde arriba, sino que es el pueblo mismo el que tiene que determinarlos libremente; *segundo*: el progreso material, teniendo como fin el servicio del hombre, debe quedar siempre sometido al poder y bajo el control de éste, pues de lo contrario, es decir, al aplastar al hombre, perdería hasta su razón de ser. Es lo que el eminente teórico Eduard Kardelj expresa de modo terminante, estudiando el papel del ciudadano en el sistema político-económico yugoeslavo al escribir:

“La revolución socialista empieza a degenerar en el momento en que deja de preocuparse del hombre, cuando el trabajador se encuentra rebajado al nivel de esclavo manejado por dirigentes que creen que no pueden equivocarse por saberlo todo, y que pretenden decidir todo a nombre y en interés de una idea superior a la realización de la cual deben ser sacrificados todo interés particular, toda felicidad individual, todo principio de humanidad. Tal teoría está en oposición absoluta con los verdaderos fines del socialismo, y expresa fuerzas reaccionarias del burocratismo y del capitalismo de Estado, que quieren transformar la ideología socialista en una religión al prometer una vida mejor en un porvenir lejano, casi en otro mundo, mientras siguen explotando a los trabajadores en provecho de una casta burocrática privilegiada.” Esta preocupación constante por el hombre es inseparable, en el pensamiento filosófico-político yugoeslavo del hondo apoyo a los valores espirituales en que descansa la dignidad humana; es lo que llevó al Presidente Tito a proclamar solemnemente en varias ocasiones la importancia creciente del factor moral y su predominio en el mundo del mañana, negándose a reconocer una jerarquía de las naciones basada en su fuerza militar, en su poder de destrucción, y rechazando categóricamente el uso de la amenaza, la imposición, la violencia en el dominio de las relaciones

internacionales. Considerando que la substitución de una sociedad por otra de un nivel económico, político y humano superior jamás podrá ser alcanzada con el empleo de medios inmorales e inhumanos, el Dr. Miguel Narcovith escribe textualmente:

“Hay que entender de una vez para siempre que la tesis según la cual en la lucha todas las armas son buenas no constituye sino un caso particular del antiguo precepto tan apreciado por los jesuitas: el fin justifica los medios. Aunque los clásicos del marxismo no hayan tributado una atención suficiente a los problemas de la ética, se puede decir que por su espíritu, así como por sus principios esenciales, el marxismo no puede en lo absoluto estar ligado con un concepto tan vulgarmente pragmático y amoral.

“Ante todo, para que pueda ser alcanzada una meta, se necesitan hombres subjetivamente listos para luchar por esa meta, y objetivamente capaces de hacerlo. Según una tesis fundamental del marxismo el hombre es un ser dotado de una actividad creadora que de modo conciente y de acuerdo con un plan, modifica las condiciones de su vida conforme a las tendencias objetivas del desarrollo social. Si la meta es el socialismo, entendiéndolo por esa palabra no sólo la nacionalización y un volumen determinado de la producción, sino el concepto de un alto grado humano en las relaciones sociales, es la peor de las equivocaciones el pensar posible su realización si no se encuentran hombres que sean capaces con la palabra y más aún con el ejemplo de reeducar a las masas, transformando individualistas egoístas, ambiciosos de dinero y de poder en miembros desinteresados y modestos de la sociedad. No hay meta, sea cual fuere su necesidad objetiva, que pueda ser lograda de modo automático. De ello se desprende que la realización de una meta objetivamente posible depende de los medios que sean empleados, lo que tiene como consecuencia que la calidad del hombre adquiere una importancia esencial. Ahora bien, la calidad del hombre varía según su comportamiento. Consideramos a un individuo que habiendo decidido dedicar su vida a la lucha contra la hipocresía, el odio, la explotación y el miedo, bajo el peso de los cuales una parte de los hombres tiene dominada a la otra parte, se pone a su vez en un momento dado a recurrir a la mentira, al odio, a la explotación y al terror? ¿Podrá todavía proseguir su meta inicial con el mismo entusiasmo, más aún, quedará capacitado para realizarla íntegramente? Claro que no, aunque pertenezca por su origen al proletariado, que haya sido un revolucionario destacado. Pues él habrá adquirido una personalidad distinta. Posiblemente no habrá renunciado a su meta, y ésta permanecerá fijada en su conciencia; seguirá usando las palabras que concretizaban su ideal, pero el contenido de estas palabras

habrá cambiado. Por eso afirmo que es imposible lograr una meta humana empleando medios inhumanos, puesto que el uso de tales medios repercute directamente en la calidad de los hombres, cuya modificación cambia radicalmente la coyuntura, haciendo irrealizable la meta tal como había sido concebida. Y así, mientras unos se ven entregados a las más trágicas decepciones, otros, para aplastar una resistencia creciente, aplican métodos siempre más brutales, no pudiendo entender que así se alejan siempre más de aquel ideal social genuino que las masas habían adoptado”.

Este cambio de la personalidad al cual el Dr. Narcovitch concede con razón una importancia primordial, me lleva a evocar las páginas impresionantes por ser tan sencilla y profundamente humanas en Pasternak en su novela “El Doctor Jivago” describe el encuentro, después de una larga separación, de Lara con su marido convertido en un alto funcionario del régimen. “Lo vi mientras subía al automóvil. Pude imaginar como iba custodiado. Me pareció que casi no había cambiado. El mismo rostro bello, sincero, decidido, el más sincero de todos los rostros que he visto en la tierra. Ninguna sombra de afectación. Un carácter viril, sin la menor ostentación. Siempre fué así y así ha seguido siendo el mismo. Y sin embargo he notado un cambio y este cambio me ha preocupado. Como si algo abstracto se hubiera deslizado en esa fisonomía y la decorara. Un rostro humano, vivo, se había transformado en la personificación de un principio, en la representación de una idea. Sentí gran tristeza verlo así. Comprendí que se había entregado a alguna fuerza muy alta sin duda, pero que mata sin piedad y de la que un día tampoco se salvará. Me pareció que ya estaba marcado con el signo de su condenación”.

Ahora volviendo al Dr. Narcovitch, el problema psicológico moral así planteado es para él tan decisivo que no vacila en concluir: “El socialismo contemporáneo se encuentra frente al dilema: *ser o no ser*. Ser significando emplear métodos de lucha que sean dignos de las metas perseguidas, es decir, en fin, luchar por una nueva moral que debe regir las relaciones entre los individuos así como entre las naciones.”

Como es sabido, la posición yugoeslava ha dado lugar a las más duras críticas, a veces a los más violentos ataques de parte del campo marxista de obediencia moscovita. No me propongo examinar aquí la ideología marxista, sino porque, además de que no cabrían en el cuadro de una conferencia y serían ajenas al tema tratado, carecen a mi juicio de interés real, como carecían en su tiempo las discusiones de los doctores fariseos acerca de la letra muerta de la ley cuyo espíritu despreciaban deliberadamente. Lo que quiero sin embargo subrayar es el uso,

más bien el abuso a veces extravagante que se hace ahora de la palabra marxismo, que Marx hubiera sido probablemente el primero en rechazar. Abuso que Lenin advirtió con aguda lucidez cuando escribió (*El Imperialismo y la Escisión del Socialismo*) en esta forma sarcástica a la cual era afecto: “No podemos prohibir que cierta corriente política se proclame de Marx hasta para rendir juramento, exactamente como no se puede prohibir que una firma comercial use cualquier etiqueta, cualquier letrero para su propaganda”.

En efecto, el marxismo que doctrinarios sectarios han elevado al plan de una doctrina definitiva, más bien de un dogma intangible, hasta animar según Bergson un fantasma creador de una mística —aunque en su nombre llegan a teorías radicalmente opuestas—, según que aislan arbitrariamente en el aspecto económico, político e ideológico aspectos que Marx nunca separó, considerándolos indisolublemente ligados entre sí, fue sencillamente para su autor un esfuerzo para lograr un método de investigación científica que, aplicado por él a la sociedad de su época le permitió formular un conjunto de opiniones sobre esta sociedad, y de hipótesis sobre su porvenir. Ni siquiera pretendió construir una doctrina nueva, sino seguir desarrollando el pensamiento de los racionalistas franceses del siglo XVIII con sus herederos espirituales los jacobinos y su teoría del pueblo y de la nación, es decir del pueblo constituido en Estado, de Ricardo y la economía política inglesa, de Hegel y la filosofía clásica alemana del socialismo francés de 1830 para basarse concretamente en el experimento de la Comuna de París.

Creo pues que las diariamente denunciadas *desviaciones* marxistas, las comenten precisamente aquellos intransigentes que buscando palabras muertas en la obra extremadamente extensa y dispersa de Marx, por cierto no exenta de contradicciones, pretenden edificar doctrinas en realidad nuevas y a veces en oposición con el espíritu del marxismo, mientras son marxistas los que, como los dirigentes yugoeslavos se apegan a los métodos de investigación de Marx para buscar por sí mismos soluciones a los problemas concretos que se plantean hoy ante ellos. Es exactamente lo que dice Lenin, que tendría entonces que ser tachado de primer desviacionista, cuando escribió: “El marxista debe tomar en cuenta la realidad de la vida, de los hechos concretos. No puede quedar pegado a la teoría de ayer, la cual como todas las teorías no señala sino lo fundamental, lo general; en otras palabras, no hace sino acercarse al entendimiento de la complejidad de la vida.” Y es esa verdad la que formula exactamente Kardelj, con un concepto eminentemente comprensivo por ser humanista, al reconocer que al igual que todos los sistemas filosóficos y científicos que le han precedido, el marxismo no puede

expresar una verdad completa y definitiva, pues tal pretensión sería contraria al espíritu científico y conduciría fatalmente a menospreciar las fuerzas creadoras continuamente renovadas del hombre, así como a suprimir la libertad de pensamiento de los individuos que tienen derecho a seguir desarrollando libremente sus investigaciones hasta llegar a superar los postulados ideológicos del propio sistema filosófico al cual en su conjunto se han adherido. Y Kardelj afirma que la negación de tal derecho sería injusta y, además, con el tiempo, improcedente, pues la historia ha comprobado que no existe ni puede existir sistema basado en la imposición y la violencia que sea capaz de detener el proceso normal de la evolución humana.

La incompreensión hostil que han tratado de mantener en torno a Yugoslavia ha sido llevada tan lejos que a veces han pretendido no ver en su posición democrática antitotalitaria sino un medio artificial para cimentar una base ideológica y política bastante firme para que fuese posible enfrentarse a la temible y formidable presión ejercida por Moscú y el aparato internacional del Kominform en 1948. La realidad resulta ser exactamente lo contrario, pues es precisamente la diferencia básica surgida entre el concepto evolutivo interno de la URSS y el de Yugoslavia, con la proyección de dicha diferencia en el plan exterior, que provocó el gran conflicto de entonces. Sin embargo, tal interpretación tendenciosa de los hechos no podía sino agravar todavía más las clásicas acusaciones de revisionismo burgués, de traición por tratar de romper la unidad del campo socialista, añadiendo además la de un retorno a un socialismo nacional, acusaciones que vuelven a ser formuladas periódicamente por los países del campo moscovita y a los cuales se suman por otra parte las sospechas de los occidentales cada vez que sobre determinados problemas de la vida internacional la posición de Belgrado coincide con la de Moscú. Las primeras son enteramente falsas y las segundas injustificadas. Las origina en el fondo la lamentable división actual del mundo en dos bloques militares antagónicos, causa de la honda tragedia que vivimos. Las contesta terminantemente la política de claridad y lealtad practicada con inquebrantable firmeza por el gobierno yugoeslavo y que afirman diariamente sus representantes. Claro, acostumbrados a practicar la franqueza en las discusiones, éstos no ocultan que han recibido mucho de Occidente —especialmente de la tradición humanista del socialismo francés— lo que para un hombre sensato no puede significar en modo alguno un retorno al sistema capitalista, y ni siquiera contradice la ideología, no diré de ciertos marxistas de hoy, sino seguramente de Marx. Me limitaré a recordar, escogiendo entre muchos, un discurso pronunciado en 1957 por el Presidente Tito ante

el pleno del Comité Central de la Alianza Socialista del pueblo trabajador de Yugoslavia, donde dice: “Hemos tomado mucho de Occidente y tomaremos todavía, puesto que su cultura, su ciencia y todo lo que tiene fue obra de siglos —lo que podemos y debemos aprovechar. Pero buscar elementos de organización social en el sistema occidental de hoy para introducirlos en nuestro sistema socialista significaría disgregar lo que hemos logrado a base de sacrificios de sangre.”

Recordaré también a Alejandro Bankovitch, que al comentar los juicios tendenciosos emitidos sobre la posición yugoeslava por ser hechos a la luz de los bloques en lugar de considerarla objetivamente y por encima de las barreras artificialmente levantadas entre los países bloquistas, barreras que Yugoslavia jamás reconocerá, escribe: “Vuelven siempre a preguntarse si, y en qué medida, Yugoslavia se aleja de Oriente para inclinarse hacia Occidente, o se acerca a Oriente para alejarse de Occidente. No quieren entender que jamás aceptará que su política sea dictada de fuera, lo que no significa que no quede siempre dispuesta a considerar con máxima simpatía todos los aspectos constructivos sin discriminación alguna, y de cooperar con todos los países que buscan su colaboración en bien de la paz y de una mejor comprensión internacional.”

Me detendré brevemente sobre la última acusación, la de querer resucitar un socialismo nacional, término usado con el propósito evidente de desprestigiar a Yugoslavia por haber sido aprovechado —más bien robado— en su tiempo por el nazismo de modo absolutamente artificial e indebido, porque en fin, como lo demostró luminosamente Jean Jaurés, no puede haber internacionalismo sin raíces genuinamente nacionales, puesto que de lo contrario serían condenados a no ser sino una abstracción sin realidad, sin vida, sin fuerza.

Es precisamente en semejante concepto profundamente humanista de *nación* que el actual régimen yugoeslavo hace descansar todo el edificio de su federalismo descentralizado y en el que se inspiran también los principios básicos de su política internacional, pues ofrece este federalismo, en un marco reducido, la fiel imagen del mundo con la complejidad de sus problemas, incluso el equivalente de la ayuda a los países sub-desarrollados, por abarcar Yugoslavia seis repúblicas populares de nivel económico muy desigual pero igualmente soberanas, regidas por sus Constituciones propias, teniendo sus instituciones y dejando en manos del poder federal solamente la gestión de sus relaciones exteriores y de su defensa. Ante todo, dicho concepto opone con acierto y de modo irreductible —como lo oponía Jaurés— Nación y nacionalismo, siendo este último la exaltación injusta de la nación por encima de las

otras, como consecuencia de una falsa idea de superioridad. Subraya que los lemas gastados “Yugoeslavia Integral”, “nación yugoeslava”, que, por haber concretizado la idea de hegemonía de un pueblo sobre otros, llevaron a la primera Yugoeslavia salida de la guerra mundial de 1914 al fracaso y cuyo ideal sobrevive todavía en ciertas tendencias reaccionarias, negativas, de tipo centralista burocrático del actual período de reestructuración social, deben ser combatidos enérgicamente, puesto que las relaciones verdaderamente fraternales entre los pueblos independientes de Yugoeslavia para ser duraderas tienen que descansar en una absoluta igualdad de derechos y la colaboración estrecha de todos los pueblos a base del libre desarrollo nacional de cada uno. Kardelj lo expresa claramente al escribir: el esfuerzo principal debe ser dirigido contra el nacionalismo en todos los sectores de la vida social donde podría tratar de manifestarse. Es preciso fomentar dentro de cada pueblo el sentido del internacionalismo socialista y, de modo general, del humanismo”.

Luego, proyectando su pensamiento yugoeslavo en el plan mundial, dice: “La unificación de los pueblos no puede significar, por supuesto, una amalgama de idiomas ni una pérdida de sus características culturales peculiares. No puede tampoco tratarse de la asimilación forzosa de los pueblos pequeños por los pueblos grandes. Al contrario, así como la independencia creadora del individuo es la condición de un desarrollo sano del colectivismo socialista, en el campo de la gestión económico-social, así también la independencia y el libre desarrollo cultural y social de las naciones son la condición de su estrecha colaboración, de su acercamiento. Pues, así como la naturaleza social, económica y espiritual del individuo, así se transforma también la naturaleza económico-cultural de la división social actual del trabajo. Y volviendo al problema yugoeslavo, concluye: No hay duda que el reconocimiento de la individualidad y de la igualdad de los derechos de los pueblos yugoeslavos es una de las condiciones del progreso del socialismo en Yugoeslavia. Yugoeslavia socialista rechaza todo medio violento de unificación de sus pueblos, de sus idiomas, de sus culturas. El resultado final del proceso socialista de colaboración de los pueblos yugoeslavos será por cierto su acercamiento definitivo, pero eso no significará jamás la formación de una nación yugoeslava según el sentido clásico de la palabra, puesto que, en fin, lo que une profundamente a estos pueblos es lo que tienen en sí de humano en general y no de estrictamente nacional. De no ser así, Yugoeslavia no sería sino una alianza de pueblos para asegurar la defensa común de su independencia, y es mucho más: es un organismo que descansa en la comunidad de intereses formados sobre la base de

relaciones socialistas entre estos pueblos, reconociendo además que su parentesco étnico y cultural confiere a dicho organismo formas específicas en que radica su firmeza.”

Este concepto yugoeslavo de la nación viene a coincidir exactamente en el plano humano con la definición por cierto impresionante, dada por Jaurés de la patria: “El aprendizaje de la vida colectiva y de la gran sensibilidad humana, no en lo abstracto de una humanidad que durante largo tiempo no existió sino como un sueño y en un estado de preparación insegura, pero en la realidad substancial e histórica de un grupo humano amplio y dotado de una vida lo bastante rica al mismo tiempo que lo suficientemente determinada, concreta y tangible para que el noble arranque del espíritu tuviese su base en la naturaleza.”

Es este concepto humanista el que impregna realmente todo el pensamiento filosófico-político yugoeslavo, que viene también a orientar con lucidez y firmeza tres aspectos fundamentales de la sociedad socialista: el del estado, el de la autogestión y organización del trabajo y el de la propiedad.

Para los actuales dirigentes yugoeslavos el socialismo no es un concepto abstracto o irreal, forzosamente generador de una mística engañadora: la de un régimen ideal, cuya aparición basta para resolver los problemas que nos angustian, al edificar de hoy a mañana un mundo racional y armonioso, libre de contradicciones y de antagonismos. El socialismo es —al igual que el feudalismo o el capitalismo— una etapa del proceso de la evolución humana; etapa que se identifica, según Nita Radjivasiliev, con la transición del gobierno de los hombres hasta la gestión de las cosas; lo que quiere decir que el poder sobre las cosas que, a consecuencia del carácter privado de la propiedad de los medios materiales de producción y de existencia, había significado el poder de determinados grupos de hombres sobre los otros, es substituído, al entregarse por medio de la autogestión estos medios materiales en manos de los trabajadores, por el poder sobre las cosas, que se vuelve asimismo el poder de la sociedad en su totalidad.

Tal proceso tiene que ser muy prolongado, absolutamente histórico, como lo calificó Kardelj. Además es preciso comprender que el socialismo no estará libre de contradicciones ni de antagonismos, puesto que a los heredados del capitalismo se añadirán otros, inherentes a él, que se acentuarán al desarrollar su propia evolución, y que tendrá que superar de modo natural. Además, al socialismo corresponderá la desaparición progresiva de las clases y la disminución sistemática y gradual de la desigualdad social, pero no así la de realizar una sociedad sin clases, homogénea, ni de erradicar definitivamente la desigualdad. (Y aquí

abriendo un breve paréntesis, quiero destacar que resulta perfectamente claro que el socialismo no es y no puede ser el comunismo, ya que este último, por ahora, no sale de un plan utópico. Por eso, la palabra comunismo, usada hoy a menudo, lo es de modo indebido desde el punto de vista sociológico. Designa, de hecho, el conjunto de intereses económico-políticos creados circunstancialmente en torno a una gran potencia y a las actividades o posiciones relacionadas con los mismos, lo que plantea un problema de índole completamente diferente y crea una confusión que puede ser aprovechada peligrosamente). Pues bien, partiendo del concepto teórico que acabo de exponer, el pensamiento yugoslavo actual llega a las conclusiones prácticas siguientes: habiéndose terminado el período de lucha, al entrar la revolución en su era constructiva, la violencia debe ser rechazada de una vez para siempre, puesto que no puede ser admitida como fuerza creadora; debe ser sustituida por la cooperación y la participación espontánea e inmediata de la inmensa mayoría del pueblo. Por eso es lógico que el *Estado*, surgido en el régimen capitalista de los antagonismos de clases como instrumento de la clase dominante, es decir de la violencia, hasta volverse por encima de la sociedad incluyendo a esta clase misma, y que en la lucha revolucionaria se había reforzado, como expresión de la dictadura del proletariado, tiene que reducir progresivamente el volumen de sus funciones; en otras palabras, el estado socialista tiene que ser el proceso evolutivo hacia la extinción del estado clásico y del estado revolucionario del período de la toma del poder. Se trata, por cierto, de un proceso muy prolongado, pero, desde luego, debemos luchar con máxima energía para impedir la reconstitución de burócratas que, como expresión del Estado, tiene que ser incomprensiva y hostil a los ciudadanos por considerarlos solamente desde el punto de vista de los intereses generales, y por ignorar los problemas y las situaciones individuales, mientras el libre desarrollo del individuo en medio de la sociedad es la meta esencial del socialismo.

Aclarando el proyecto actual de una nueva constitución, Kardelj escribe: "cuando los productores por sí mismos y el conjunto de relaciones sociales sean tales que permitan a los hombres dirigir de más en más su propio destino y los asuntos sociales y que tengan cada vez menos necesidad de recurrir a la autoridad del Estado para solucionar sus relaciones recíprocas, más se irán debilitando las funciones del Estado como instrumento de violencia. En consecuencia, un autogobierno siempre más amplio y un concepto democrático siempre más profundo serán los instrumentos del proceso de extinción del Estado". Y luego Kardelj subraya la importancia del espíritu humanista en este proceso. Dice:

“No pretendo que nuestra constitución debe dictar en su punto de partida algunas fórmulas abstractas humanistas y democráticas, sino que debe estar esencialmente impregnada de humanismo y de sentimiento democrático como lo está toda nuestra edificación socialista”.

Es, desde luego, el mismo punto de vista, a la vez humanista y realista, desde el que Kardelj considera también la estructura económica en proceso de edificación. Dice: “Al acusarnos de retroceder, con un sistema económico basado en la autogestión social, hacia las formas liberales clásicas, cometen deliberadamente una confusión evidente; pues no se trata de la libertad del capital ni del reparto relacionado con el capital invertido y el beneficio realizado, sino de la libertad del trabajo y de un reparto llevado a cabo con relación al trabajo realizado. Nuestra economía debe ser planificada, eso es inevitable; pero, al mismo tiempo, debe ser liberal porque tiene como meta el crear en provecho del hombre trabajador las mejores condiciones económicas en el lugar de trabajo que ocupa.

El pensamiento humanista marca tan profundamente el esfuerzo constructivo actualmente emprendido en Yugoslavia que éste no puede ser comprendido sino a la luz que proyecta en él pues siempre aparece la preocupación inmediata por el hombre y por su condición individual dentro del nuevo sistema. Es así como Rudi Sapek escribe: “La fuente de la alegría que comunicaba al artesano su trabajo radicaba en la libertad de la concepción del producto y de la realización de esta concepción, es decir, del sentimiento de la responsabilidad personal en el éxito o en el fracaso. Un trabajo así ejecutado implica forzosamente la conciencia de la meta, es decir, la iniciativa, la satisfacción de crear. Todo eso ha desaparecido con las condiciones del trabajo impuestas por la producción capitalista, así como las de la producción que encuentra sus normas en una jerarquía burocrática. Por eso debemos buscar para nuestro trabajador una nueva fuente de placer y de felicidad; la podemos encontrar elevando su nivel de conciencia hasta el plano de lo colectivo, llamándolo a participar activamente en la gestión de la producción, volviendo así a asociarlo, individual y colectivamente, al esfuerzo creador”.

Dice también: “Humanizar el trabajo es la tarea inmediata de la revolución socialista. Y humanizar no significa solamente crear condiciones físicas objetivas de trabajo que favorezcan al trabajador, sino, y ante todo, condiciones subjetivas, es decir, relaciones más humanas, reforzando así cada día más la conciencia socialista”

Como ustedes podrán haberse dado cuenta, la autogestión significa el derecho a regirse por sí misma de toda comunidad social desarrollada

orgánicamente en la sociedad, sea fábrica, empresa económica, escuela, o comunidad territorial como la comuna, que se administra por los órganos especiales elegidos por ella —consejos o comités de gestión— independientes de los órganos estatales, pudiendo estos intervenir solamente en los asuntos que la Ley atribuye de modo formal a la competencia de la administración federal. No puedo entrar aquí en un examen de este interesantísimo sistema de reestructuración social que es la base de la Yugoslavia socialista. Me limitaré a indicar que realiza la democracia directa, llamando de hecho, por una participación efectiva e inmediata, a los ciudadanos a gobernarse por sí mismos y no indirectamente por medio de representantes.

Claro, tal sistema ha sido y sigue siendo atacado violentamente por los partidarios del socialismo centralista burocrático. Sin embargo recordaré no una, sino muchas pláticas que tuve en su tiempo con Lenin. Me impresionaba el hecho de que volvía siempre con particular insistencia al problema planteado por la dictadura del proletariado, y se mostraba más preocupado a medida que pasaba el tiempo. Me repetía: la dictadura del proletariado debe ser reducida al mínimo, pues de lo contrario podría transformarse en un sistema de gobierno, lo que significaría un peligro mortal porque llevaría a la formación de una clase de burócratas, cuyo poder incontenible crecería rápidamente hasta quizá sobrepasar sus intereses arbitrariamente creados a la Revolución misma.

Si bien estas palabras no justifican formalmente el actual sistema yugoeslavo, expresan por lo menos de modo terminante la condenación del Estado proletario totalitario.

Es el mismo concepto evolutivo a largo plazo del socialismo, concepto impregnado del mismo pensamiento humanista que inspira también la posición yugoeslava actual en relación con la propiedad; en efecto, considera que el socialismo significa, más bien que una supresión de la propiedad, una transformación progresiva del aspecto de ésta; es decir, su evolución gradual hasta lograr la incorporación a la sociedad con la nueva forma de la propiedad social, en la cual debe participar de modo efectivo y activo en un plan colectivo cada trabajador, o mejor dicho, cada productor, puesto que no se trata solamente de los trabajadores manuales, sino de todos los que cooperan en la producción ligados desde luego entre sí por una comunidad de intereses y sobre la base de una representación proporcionada a la aportación efectiva de cada uno.

Es una evolución exactamente paralela a la del Estado, que de fuerza autónoma distinta de la sociedad debe volver a incorporarse a ésta para finalmente desvanecerse en ella.

Tomando en cuenta que se trata de un proceso prolongado y que bajo ningún concepto se debe recurrir a la violencia, el régimen socialista yugoeslavo reconoce tres formas de propiedad, la nacional, la cooperativa y la privada. Pues si bien nacionalizó desde luego la industria, la banca, los transportes, las riquezas del subsuelo y todas las riquezas naturales —entregándolas por supuesto no en manos del Estado sino de los productores de acuerdo con su estructura de autogestión—, mantuvo la pequeña propiedad agrícola, que desde tiempo remoto era característica del país, donde no existía el latifundio, orientándola hacia la organización socialista a través de la red de un sistema cooperativista que, por practicarse el mercado de los productos, logró ya elevar de modo considerable el nivel de vida del campesino, poniendo a su alcance la técnica y la maquinaria modernas. De hecho se puede decir que la pequeña propiedad abarca la inmensa mayoría de los agricultores, así como de los industriales artesanales agrupados también en cooperativas. En el estado actual de las cosas la ley autoriza la propiedad individual de dos casas, una en la ciudad y otra en el campo, permitiendo su alquiler total o parcial si se trata de casas de departamentos, siendo el criterio que la renta pueda asegurar el mantenimiento del dueño y de sus familiares.

Inspirándose en el mismo espíritu humanista y de alta responsabilidad moral, el régimen socialista yugoeslavo reconoce la importancia esencial de la familia, calificándola la ley como célula de base de la sociedad. De ahí se desprende el carácter solemne que reviste la celebración del matrimonio civil, la ayuda tributada a través del seguro social a la mujer antes y después de dar a luz, las pensiones otorgadas por la ley por cada niño y que se pagan mensualmente a partir de su nacimiento hasta alcanzar la mayoría de edad, y otras disposiciones sociales que no puedo examinar aquí. Sin embargo, creo interesante poner de relieve que son consideraciones de orden moral las que prevalecen en el estudio estricto y cuidadoso llevado a cabo por los tribunales competentes de los casos de divorcio que les son sometidos; el juez se preocupa ante todo por la suerte de los niños, por considerar que son ellos los perjudicados, y procura, salvo caso de indignidad formalmente comprobada, dejarlos con la madre por estimar que la educación de su sensibilidad necesita más del cariño maternal. En fin, quiero examinar, muy brevemente por supuesto, la situación de las iglesias y el ejercicio del culto dentro del funcionamiento del actual régimen yugoeslavo.

¿Hay, como muchos lo creen, oposición irreductible llamada a centralizarse forzosamente en una lucha abierta entre la Iglesia y un gobierno que se inspira en una concepción filosófica materialista?

Me permitiré contestar esta pregunta con un recuerdo personal volviendo a una de mis conversaciones con Lenin.

Era durante el primer período de la revolución, cuando los extremistas atacaban a la Iglesia con máxima e irresponsable violencia. Entonces se podía presenciar a menudo manifestaciones en su mayoría de jóvenes, miembros de la llamada *Liga de los Sin Dios*, que marchaban con carteles: LA RELIGIÓN ES EL OPIO DEL PUEBLO, y otros de semejante índole exteriorizando parodias grotescas de la celebración del culto. Un día charlaba precisamente con Lenin cuando vino a pasar, en medio de gritos escandalosos, una de tales manifestaciones. Visiblemente disgustado, Lenin cerró violentamente la ventana y calificando con palabras por cierto poco amenas a los manifestantes, dijo con rudeza: “¿Cuándo entenderán éstos que al ofender un sentimiento popular con sus desfiles de carnaval, sólo trabajan para robustecer el fanatismo obscurantista que es lo que debemos acabar?” Luego añadió: “Nuestro campesino reza para pedir la lluvia cuando la necesita. Si lo hace por ignorar las leyes que rigen los fenómenos atmosféricos, no lo debemos permitir. Pero si lo hace enterado de la realidad científica, obedeciendo a una necesidad íntima de su ser, está en su derecho, y tenemos que respetarlo.”

Creo que ése es exactamente el punto de vista de los dirigentes yugoeslavos que, al admitir prácticamente la libertad de expresión en la cátedra en las universidades, consideran que forzosamente la posición política de la Yugoslavia actual influye y tendrá con el tiempo que influir más en el sentido de una concepción filosófica materialista, pero que tal hecho no significa un carácter obligatorio y no puede motivar presión ideológica alguna, por estimar que sería una actitud injusta y además contraproducente, puesto que las ideas no se imponen de modo artificial y arbitrario, sino que tienen que comprobar por sí mismas lo que valen. En la práctica, como es sabido, sobre el territorio de Yugoslavia predominan tres religiones: la ortodoxa, que abarca el 49 punto 53 por ciento de la población total; la católica romana, que incluye el 36 punto 70 por ciento, y la mahometana, que comprende el 12 punto 52 por ciento. Las otras religiones, incluyendo la hebrea, representan un total que no alcanza al uno cincuenta por ciento.

La Constitución trata a todas con absoluta igualdad. Proclama la libertad efectiva de culto para todos los ciudadanos sin distinción alguna sobre la base de la separación del Estado y de la Iglesia, estipulando: “Las comunidades religiosas cuyas doctrinas no son contrarias a la Constitución, son libres y se hallan bajo el control general del Estado. Se prohíben el abuso de la Iglesia con fines políticos y las organizaciones

políticas basadas en la religión. La enseñanza religiosa es un asunto privado del individuo, que es libre de adoptar una posición negativa o positiva con respecto a ésta. Por consiguiente, se deja a la libre voluntad de los alumnos o de sus padres si quieren o no estudiar el catecismo, en la inteligencia de que su enseñanza tendrá que ser de carácter privado. En 1953 una ley francamente liberal votada por la Asamblea Federal normalizó la situación de las Iglesias, legalizando de acuerdo con la Constitución a las comunidades religiosas, reconociéndoles el derecho de ejercer libremente su culto y también la enseñanza religiosa, fundando y manteniendo escuelas confesionales privadas, pero prohibiendo abusar de estos derechos con fines políticos.

Además concedió a los sacerdotes el beneficio del seguro social en caso de enfermedad, invalidez y vejez, siempre que sus comunidades firmen convenios con este propósito con las instituciones competentes y paguen las cuotas correspondientes. Reconoció también el derecho de formar asociaciones de sacerdotes, pero sobre bases estrictamente profesionales, excluyendo todo propósito político. Finalmente, autorizó al Estado a proporcionar ayuda financiera a las iglesias, siendo los órganos dirigentes de las comunidades religiosas libres de distribuir como lo juzguen conveniente esta ayuda, siempre que esté de acuerdo con los fines determinados. Es así como el Estado federal y el Estado servio conceden a la iglesia ortodoxa subvenciones anuales bastante importantes para el mantenimiento de seminarios, de una facultad de teología, así como para las necesidades generales de sus comunidades religiosas y restauraciones de templos. Lo mismo ocurre con la iglesia mahometana. Por lo que respecta a la católica romana, recibe sus principales subvenciones de las repúblicas de Croacia y Eslovenia, y en un volumen más reducido de la República Federal. Tiene dos facultades de teología, seminarios superiores y secundarios, así como un instituto franciscano de segunda enseñanza, y publica varios periódicos locales, semanarios, folletos y almanaques. Claro, no pretendo que no puedan surgir conflictos entre las autoridades civiles y eclesiásticas, sobre la base de la interpretación del carácter político de las actividades de los miembros del Clero. Pero sí estoy convencido de que estas dificultades pueden y deben ser superadas, y que con el tiempo acabarán por desaparecer totalmente. El hecho de que hace aproximadamente un año el gobierno federal otorgó al arzobispo católico de Diakovo la condecoración de su orden máxima Libertad y Unidad instituida para premiar la labor de acercamiento de los pueblos yugoeslavos indica, para mí, claramente que si desde luego la Iglesia no puede colaborar con el gobierno en el plano de una ideología materialista que es la negación de su enseñanza, sí

puede y debe respaldar la obra humana de edificación social llevada a cabo por este gobierno, afirmando así, en el dominio concreto de la justicia social y de la solidaridad con las clases humildes, su presencia, para mí insustituible, como fuerza espiritual perdurable.

Como ustedes ven, el humanismo impregna a tal grado el pensamiento yugoeslavo que inspira virtualmente todas sus concretizaciones prácticas, y al tratar de caracterizar en unas palabras lo expuesto, yo diría que la obra de edificación socialista hoy emprendida descansa esencialmente, desde el punto de vista ideológico, en estos tres principios:

PRIMERO: toda iniciativa tiene que venir de abajo para desarrollarse hacia arriba, y nunca de arriba para ser impuesta abajo.

SEGUNDO: la teoría jamás puede ser invocada en contra del hombre, es decir, aprovechada para aplastarlo, sino que debe serlo siempre para mejorar de modo inmediato su condición en cualquier aspecto que sea.

TERCERO: el socialismo significa esencialmente la libertad, puesto que sin libertad no puede haber libre desarrollo del individuo, siendo la meta del socialismo acabar, por supuesto con el individualismo generador de los egoísmos y de las ambiciones injustas que se identifica con la degeneración del individuo, pero fortaleciendo a éste al formar individualidades ricas de vida por estar firmemente arraigadas en lo colectivo y conscientes, como miembros de la sociedad, no sólo de sus derechos, sino de sus deberes libremente aceptados.

Tal podría ser un bosquejo sumamente rápido del pensamiento yugoeslavo actual y de algunas de sus principales realizaciones concretas que, al estudiarlas de más cerca me revelaron indudablemente muchas afinidades con el movimiento que, en su tiempo, de no ser aplastada la Comuna de París, se habría concretizado en la República Federativa Francesa de las Comunas. Por supuesto existen diferencias específicas puesto que las etapas de la evolución humana tienen que llegar al sello original del genio nacional de cada pueblo, pero son evidentes semejanzas indiscutibles y hasta la coincidencia de que en ambos casos los comités populares se formaron en la guerra frente al mismo ejército invasor: el alemán.

Ahora bien, a pesar de las deficiencias de mi exposición que tuvo que ser extremadamente condensada, traté de llevarla a cabo lo más objetivamente posible, de acuerdo con el principio de Spinoza: “no

alabar ni condenar, sino comprender”, que debe, a mi juicio, inspirar toda investigación honesta.

Al concluir, hablando con entera franqueza y total independencia de pensamiento, reclamará el derecho de hacerlo no sólo objetiva sino también subjetivamente.

El humanismo al cual estuvo siempre ligado ideológicamente es el cristiano, teniendo este término para mí un significado muy definido, o sea la aceptación de conformar siempre su actitud con la enseñanza divina de Cristo hombre, por su palabra y el ejemplo de su vida, siendo ambos absolutamente inseparables.

No desconozco que la miseria de nuestra naturaleza hace tal meta evidentemente inaccesible, y por eso precisamente los hombres han buscado y seguirán buscando interpretaciones que deformen o atenúen esta enseñanza, tratando de adaptarla a sus conveniencias sociales y a sus intereses personales. Sin embargo, podemos por lo menos y debemos procurar que nuestra vida no esté sistemática y abiertamente en contradicción con ella. Es lo que Tolstoy me explicaba con esta serenidad sencilla brotada de lo más hondo del alma. Decía: “Si no puedes amar a tu prójimo como a tí mismo, deja de amarte a tí mismo por encima de todo. Eso bastará para que empiece a retroceder el egoísmo y el odio y a abrirse paso la comprensión y la solidaridad.” En esos preceptos, consciente de mis debilidades y de mi impotencia, traté de encontrar las normas de mi conducta.

Es así como profundamente convencido de que el humanismo cristiano es el humanismo integral puesto que sus dos principios esenciales —amor y caridad— son el fundamento mismo de lo humano por encerrar en sí los valores espirituales en conjunto, nunca traté de imponer mi convicción personal, sino que me sentí solidario con todos los aspectos del humanismo, sin excepción alguna, por perseguir ellos, aunque parcialmente, una meta común.

Por eso, sin abdicar nada de mi posición ideológica y considerando como el primer deber cristiano el de buscar siempre lo que puede acercar y no lo que puede dividir, pude coincidir *sin reserva* por supuesto no con lo doctrinario materialista marxista, sino con lo humano del actual proceso yugoeslavo. Y no tengo dificultad alguna en reafirmar una vez más mi sincera y profunda simpatía para un pueblo que a costa de sacrificios enormes supo defender su soberanía, rehusando renunciar a la primera bajo el yugo de Hitler, y a la segunda bajo la formidable presión económico-política del Kominform, o sea del bloque moscovita que trató de dominarlo al aislarlo por un bloqueo total.

No soy profeta. No sé qué será mañana de la Yugoslavia de hoy,

puesto que la evolución humana, contrariamente a la enseñanza de la ciencia materialista, no puede ser automática sino que depende de factores imponderables e imprevisibles que en cualquier momento pueden echar por tierra los cálculos más acertados. Espero y creo que el actual esfuerzo yugoeslavo podrá seguir su desarrollo normal. Pero aún si no fuese así, eso nunca borraría el hecho de que en una hora crucial en la historia de la humanidad, este país pequeño, grande moralmente, concretizó una esperanza y se manifestó dentro del campo marxista como la conciencia del socialismo. No puedo, por cierto dejar de subrayar la atribución del premio Nobel de Literatura de este año al gran novelista bosniaco, Ivo Andric, pues adquiere en las circunstancias actuales, además del significado de la merecida estimación de un talento excepcional, el valor de un acto de fe en la solidaridad humana. Viejo luchador por la liberación de su país del yugo extranjero, Ivo Andric trabajaba alejado, si no formalmente por lo menos de hecho, de la vida política por haber concentrado exclusivamente su esfuerzo creador en su magna obra que, por ser vivificada al contacto inmediato de la atmósfera ambiente en que fue llevado a cabo, desbordando el marco reducido de una magnífica crónica costumbrista histórica de los pueblos yugoeslavos, hasta coincidir con el hombre en lo permanente de sus inquietudes y de sus anhelos, alcanzando así, como Pasternack, en la aspiración siempre insatisfecha del genio eslavo, a lo universal humano.

Es un hecho indiscutible que hemos entrado ya en el período de crisis aguda de nuestra época de transición.

Por un lado, en un último esfuerzo para controlar las fuerzas desencadenadas por el asombroso progreso científico-técnico y las posibilidades casi ilimitadas de la producción, el régimen capitalista fue llevado a reformar de un modo brutal el Estado, concentrando en manos de éste un poder económico-político enorme con la creación de un gigantesco aparato burocrático civil y militar y una intervención cada día más acentuada en el campo de la iniciativa privada y de la vida individual.

Así presenciamos una evolución netamente dirigida contra el individuo y su libre desarrollo en medio de la sociedad a consecuencia de que imperan siempre más y más en el mundo la amenaza y la violencia cuya última manifestación aparece con la reanudación en gran escala de las pruebas nucleares, por cierto el más inhumano de los atropellos contra el hombre, atropello que Yugoslavia por supuesto repudió formalmente con su voto en la Asamblea de las Naciones Unidas por tener al respecto, desde que se planteó el problema, una posición de principio incommovible en su firmeza —cualquiera que sea el país que haga esas

pruebas—, y que México, fiel a la generosa tradición de su pensamiento, tuvo el honor de condenar espontáneamente con evidente nobleza.

Creo que tal estado de cosas, por cierto sumamente angustiosas, está —desgraciadamente— llamado a prolongarse por tiempo indefinido, pues no veo por mi parte salida posible del círculo infernal de la violencia, sino realizando lo que Tolstoy calificó como la Revolución del hombre, lo que quiere decir la total renovación moral de éste, el liberarse de las fuerzas malas del egoísmo y de la sed de poder y de dominación, y al sustituir así el afán de provecho personal por el ideal desinteresado de servir a la colectividad, y el odio por el amor, pues estoy profundamente convencido de que fuera del retorno a un concepto humanista auténtico de la vida, o sea de la reafirmación del predominio de lo espiritual sobre lo material, el mundo no tendrá salvación.